

ese instrumento, da a sus reuniones el carácter de intimidad que a música de ese género le corresponde. Además de los guitarristas Guillermo Flores, Abarca, Alberto Salas y otros venidos de los Estados para participar en estas reuniones, tuvimos la oportunidad de aplaudir a dos artistas holandeses: el señor Frederic Mülders y su esposa, quienes to-

caron obras para dos guitarras, para guitarra y flauta (recorder) y para guitarra y voz.

• En la ESCUELA NOCTURNA DE MÚSICA un pequeño grupo de alumnos animados por Rodolfo Revilla y Aurelio Cervantes, han organizado algunos conciertos dentro y fuera del plantel a beneficio de la

escuela y de la revista mensual *Partitura*, que ellos mismos editan.

• SIGI WEISSENBERG, el poderoso pianista, bien conocido y admirado del público mexicano, dió en Bellas Artes dos únicos recitales (presentado por la Asociación Musical Daniel). Fueron éstos unos de los últimos conciertos del me-

dio año que hemos reseñado y que finalizó así, brillantemente.

• Para el nuevo semestre de conciertos, la ciudad de México contará con una nueva organización a la que deseamos el mayor éxito. Su nombre es ASOCIACIÓN DE CONCERTISTAS MEXICANOS.

La imaginación del poeta han correspondido, en la historia del pensamiento, tendencias filosóficas más o menos afines. El último alcance que se puede designar a la poesía no sólo ha de ser la reducción psicológica, en fórmulas graduadas exclusivamente por el poeta, sino que en ella se han de advertir afanes que, por definición, preocupan a la filosofía desde su nacimiento. "Se puede decir —cree Jean Wahl— que la poesía y la metafísica tratan de los mismos temas, con técnicas diferentes."<sup>1</sup> Porque al árido resolver problemas a que la filosofía se entrega, la poesía lírica responde con un prolífico plantear cuestiones no siempre de posible resolución. La filosofía atiende a decir la última palabra mientras la poesía, por su parte, intenta pronunciar la primera. A veces, aquélla convierte en teorema lo absoluto; y, siempre, ésta hace ascender a lo absoluto las preocupaciones cotidianas. La disparidad entre una y otra, empeñadas cada cual en reducir el mundo y el tiempo a las capacidades del concepto o de la palabra, ha conducido a que entre filósofos y poetas haya a menudo contrarios puntos de vista, derivados de las disímiles orillas desde donde arrancan la aplicación de sus propósitos. Si bien es cierto que el hombre no se baña dos veces en la misma corriente, también es verdad que "ama aquello que no ha de mirar dos veces".

Un espejismo muy común incita a los poetas a pensar que lo que un verso encierra constituye el meollo de lo que los filósofos de épocas posteriores habrán de desarrollar. Convencidos de que la imagen antecede al concepto, creen preceder, por decirlo así, al esbozo de la futura obra filosófica; es decir, como si la imagen intuída fuera el paso previo a la racionalización del discurso. Hablar de "una rosa en las tinieblas", reconocer los espectros que recorren a ciertas horas la imaginación, descubrir comunicaciones con la naturaleza por medio del amor,

## LIBROS\*

emprender el disciplinado descenso a los infiernos de lo inconsciente, alentar el dolor como forma de conocimiento, convertir el universo en alma, tocar el cielo al tocar un cuerpo humano, estas y muchas otras son imágenes y palabras —gratas todavía al poeta contemporáneo— que integran ese universo poético en el cual se ha querido ver un primer eslabón de la filosofía. Novalis daba ejemplo de cordura al aconsejar el olvido de esa aparente riña suscitada por cuestiones de precedencia. "Sin filosofía —dice en sus *Fragmentos*— los poetas son imperfectos; sin poesía, son imperfectos los pensadores y los críticos."<sup>2</sup> No iba más cerca Shelley al asegurar, en su *Defensa de la poesía*, que la distinción entre filósofos y poetas había sido ya superada. De esa hermandad entre pen-



Baudelaire

## EL ALMA ROMÁNTICA

Por Ali CHUMACERO



Novalis

samiento e inspiración, el romanticismo europeo hizo aflorar a la conciencia la magia que irrumpe como fuego purificador de las almas. Por esa

soledad y traducir aquello que deseaban fuera expresado. En su anhelo de revelación, la poesía resulta ser lo realmente absoluto, y la palabra ya no es solamente "un movimiento del espíritu sino el espíritu en movimiento".<sup>3</sup>

De estos conflictos y enlaces entre filósofos y poetas, incasantes en todo tiempo e incrementados al desarrollarse las escuelas románticas, se hallan testimonios constantes en *El alma romántica y el sueño*<sup>4</sup> de Albert Béguin. Con sobra de razones caracteriza el parentesco que existe entre los poetas alemanes y franceses del siglo pasado, predispuestos todos a internarse con similar tesón en los campos de la filosofía y de la literatura. Sus argumentaciones deslían definitivamente el casi mítico prejuicio de considerar el romanticismo como una actitud que confía la obra de arte a la negación de las reglas y el buen sentido. Béguin persigue estrechamente esa correlativa existencia de las ideas y las imágenes. Nunca la literatura

misma puerta, otros abocarán en el subjetivo recurso de desalojar del espíritu todo concepto ajeno al del amor: Hölderlin exigía, por ejemplo, honrar el alma de los amantes, porque el ser divino habita en ellos. El de más allá, fidelísimo a las ideas aceptadas, hará del desorden el pan de cada día, y no serán escasos los que se recogerán en la intimidad de la noche o de la muerte como el viajero que torna a casa antes de empezar la aventura. En todo ello, los estados mentales propios del poeta incrementan la ordenación del caos y dejan fluir el alma colectiva circuida por palabras traducibles en conceptos. El conflicto personal descubre por ese medio la comunidad de los hombres, que delegan en el poeta la tarea de relatar sus horas de



Hölderlin

había ocurrido con tal fiebre a la indagación de sus propios

\* Notas de Eduardo Lizalde, Carlos Valdés, José Joaquín Romo y Enrique González Rojo.

supuestos —o por lo menos jamás lo había hecho con tal profundidad—, y nunca el poeta había aceptado con semejante conciencia su papel de vaticinador. Bégúin no sólo establece con seguridad el contenido “especulativo” de las obras escritas, sino que destaca con vigor las ideas esenciales a las que se afiliaba cada uno de los escritores. Algo como una especie de conocimiento se encastraba en la expresión poética. Al igual que los místicos, el poeta encendía la imaginación con pretensiones de tocar el centro de lo absoluto. “Surgía —explica Bégúin— una generación para la cual el acto poético, los estados de inconsciencia, de éxtasis natural o provocado, y los singulares discursos dictados por el ser secreto se convertían en revelaciones sobre la realidad y en fragmentos del único conocimiento posible.”

En la meta de ese “conocimiento” bullían los conceptos últimos que justifican el desvelo de toda filosofía. De su amante muerta, escribe Novalis: “En sus ojos descansaba la eternidad; tomé sus manos”. Acaso en la segunda frase sobrevive el concepto de la primera. Pero aunque la eternidad no se interrumpe con la inmovilidad del cuerpo amado, sólo el poeta podrá mirar en él el reflejo de lo absoluto por medio de la conciencia que ilumina más allá de los sentidos, que nos diferencia de los animales y nos convierte en “ciudadanos del universo”. Bégúin señala como inicial impulsor de esa confusión con el universo la lucha entre la vigilia y el

finito y lo hace descubrir, de regreso a la vigilia, un nuevo renacer del mundo circundante. Lo mágico podría ser entonces, como quieren algunos, nombrar las cosas por sus nombres. El delirio tendrá así el carácter de lo cotidiano y la realidad será el otro extremo del puente que se apoya en la fluencia onírica.

Con el romanticismo, desde sus claros brotes a fines del siglo XVIII, el predominio del sueño cobró de pronto dimensiones desacordes con las que le conferían los psicólogos de decenios anteriores. El rigor científico, heredado de las incipientes investigaciones de los fisiólogos, consideraba el sueño como el rostro negativo de la vigilia. Entre los poetas románticos vino a ser, como por arte de magia, la experiencia fundadora de la poesía. De esa manera, se establecía el tránsito de la psicología a la metafísica. El sueño, con la matizada interpretación que cada poeta le dio, llegó a ocupar y, en cierto sentido, sigue ocupando el ámbito medular de la creación poética. En sus aguas móviles, que arrastran los despojos de lo inconsciente, la conciencia del destierro halló su salvación. Herachto profetizó, con palabras que no han perdido vigencia, el mundo privado que el sueño proporciona al hombre. “Durante el sueño —dice— cada hombre tiene su universo particular, mientras que en el estado de vigilia todos los hombres poseen un universo común.” Al conducir su imaginación por el “particular” camino de los sueños, el poeta descendía al seguro conocimiento de la naturaleza. El vacío resplandece y muestra el estrato inconsciente donde alienta una segunda vida —libre de las representaciones del exterior— y donde se establece un contacto misterioso con las raíces mismas del universo.

En esa analogía entre espíritu y universo —aprehendido este último por la angustia— vió Baudelaire la reconciliación con la vida y contempló “la unidad eterna a través de la multiplicidad de lo sensible”. Mallarmé quiso ir más allá al sospechar la identidad entre la conciencia humana y la conciencia divina. Un deber de perfección lo hizo preferir ante los objetos reales la sonoridad, el poder de sugestión y el colorido de las palabras más que su significado, y desde ahí iniciaba el primer verso, que él atribuía a Dios. Rimbaud, a su

vez, confirmó lógicamente con su conducta posliteraria las premisas de su credo atormentado. “Su aspiración a volver al estado salvaje, a abolir todo aquello que, en el curso de su historia, el hombre ha tomado por conquistas y progresos suyos, no era tan ajena a la nostalgia primitiva de los románticos para que dejaran de ver en ella, llevada a cabo con una temeridad genial extraordinaria, la continuación de sus búsquedas.” Contra toda alegría, Rimbaud se abandona a la “eternidad” de las sensaciones y acaba por comprender que “no ha estado en el mundo”.

Dadas las inclinaciones literarias de Bégúin, para él es Gérard de Nerval la encarnación más honda de las ideas del sueño como forma de conocimiento. En el principio de su *Aurelia*, Nerval expresa la clave de esas ideas particulares que eran el acervo común de los poetas de su siglo: “Los primeros instantes del sueño son la imagen de la muerte”. Como al través de un subterráneo, el espíritu se cruza con apariciones inmóviles “que habitan la mansión de los limbos”. Traspuestos esos instantes —en que la conciencia deja de existir provisionalmente— pasamos a una segunda vida, a la vida del sueño. Ahí el “conocimiento” cobra todo su esplendor y el poeta cobra razón de sí mismo. Es cuando “una claridad nueva ilumina y pone en juego esas apariciones extravagantes: el mundo de los espíritus se abre para nosotros”.

Independientemente de las posiciones personales que los poetas franceses adopten frente al sueño —así lo consideren como la verdadera vida o como el conducto que la vida terrenal les propone para acercarse al conocimiento superior—, es obvio que se encuentran en situaciones semejantes a las adoptadas por los poetas alemanes. No sólo en Novalis y Hölderlin el sueño se rescata de la oscuridad. Albert Bégúin aclara expresamente cada uno de los estadios por que pasó en Alemania el desenvolvimiento de tal incorporación. Desde Lichtenberg, Moritz, Troxler y Carus hasta Jean Paul, Tieck, Arnim, Brentano y Hoffmann. La gran comunidad de poetas de la noche queda ahí admirablemente elegida, y son diseñadas sus prolongaciones en unos y en otros. Fenómenos homogéneos es posible observar en la poesía francesa. El

“prerromanticismo” había aparecido con simultaneidad en Francia y en Alemania, y en ambos países, por impulsos metafísicos y místicos, “el poeta esperaba preparar la reintegración final de la humanidad en la unidad original”.

Entre tanto fantasma, reales sólo por la acción de la poesía, Albert Bégúin no desdénase reconciliarse optimistamente con las efusivas ideas de los poetas. No resulta extraño, pues, que concluya su libro con estas afirmaciones: “La soledad de la poesía y del sueño nos libera de nuestra desoladora soledad. Del fondo del abismo de la tristeza que nos había apartado de la vida se levanta el canto a la más pura alegría”.

1 Jean Wahl: *Existence humaine et transcendance*. Etre et Penser, Editions de la Baconnière. Suiza, 1944, p. 79.

2 Novalis: *Fragments* (Selección y traducción de Angela Selke y Antonio Sánchez Barbudo), p. 33, Nueva Cívica, México, 1942.

3 Rolland de Renéville: *L'expérience poétique*. Gallimard, p. 33, París, 1938.

4 Albert Bégúin: *El alma romántica y el sueño: Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. (Traducción de Mario Monteforte Toledo y Antonio Alatorre.) Fondo de Cultura Económica. México, 1954.

WILBERT E. MOORE, *Las relaciones industriales y el orden social*. Fondo de Cultura Económica, sección Sociología. México, 1954. 589 pp.

En una magnífica edición, el Fondo de Cultura nos ofrece ahora este bien documentado estudio de Wilbert E. Moore, investigador de prestigio y experimentado maestro en la rama de la Sociología. El novelista guatemalteco Mario Monteforte Toledo tuvo a su cargo la traducción de la obra.

El autor considera que, cuando se ha puesto la industria moderna bajo la lente de los economistas o de los sociólogos, ellos no han logrado observar esta industria como un fenómeno que se desarrolla y subsiste dentro de un determinado clima social. Tal deficiencia de enfoque constituye un vicio que va en detrimento de una verdadera comprensión de esa estructura industrial, que no puede ser desligada del ambiente que la rodea, porque se encuentra con él en constante interacción o intercambio de relaciones.

Ha procurado Moore, en favor de los interesados por su trabajo, sintetizar, de la manera más objetiva posible, los asuntos de este estudio con el que se intenta complementar, más bien que suplantar, los tratados anteriores sobre el mismo tema. El libro está destinado al servicio de los directores de empresas, de los dirigentes sindicales, de los estudiantes o, incluso, al de los investigadores especializados, y por ello ha sido puesta, al final de cada capítulo, una adecuada y extensa bibliografía.



Nerval

sueño. Si en la primera el hombre se halla limitado por una realidad que inhibe las potencias superiores del espíritu, en el sueño se comunica con lo in-